

LO PRIMERO

Ascetica postmoderna

3

El camino ignaciano hacia Dios –lo que el P. Arrupe llamaba “nuestro camino”– conduce a la persona, no a través de una vida eremítica o de la vida regulada de los monjes, sino por medio de la conversación espiritual y de la manifestación de sí mismo, y a través del discernimiento comunitario de su misión. Ese camino ha sido seguido desde los comienzos, como hemos aprendido durante las pasadas décadas de ‘refundación’, y debe continuar si queremos vivir en la fidelidad creativa.

Porque el camino ignaciano tomó cuerpo en las vidas de los primeros amigos en el Señor. Y siendo tan diferentes, los amigos en el Señor colaboraron estrechamente a crear una compañía para la misión con Cristo. Sentían vivamente que su experiencia de amistad procedía del corazón de Dios. Consideremos la “primera deliberación”, una interacción auténtica, de la que tenemos testimonio escrito, en relación con esta idea. Un grupo de ‘Maestros’, formados en y para la “*disputatio*”, se reúnen para deliberar. Cada uno expone su pensamiento, surgido de la oración, mientras que el resto escucha. Hablan por turno. Después debaten sinceramente lo que han oído, no para defender una posición, sino para alcanzar un consenso. Cada uno permite, e incluso invita a los demás, a que den forma a sus pensamientos y deseos, y cada uno complementa esos pensamientos y deseos de los demás. Todos ayudan a dar forma al común deseo de todos, de ser una compañía, y esa decisión condicionó a cada uno personalmente y de por vida. La relación entre ellos fue algo extraordinario.

El trabajo de renovación y refundación que las congregaciones ignacianas han llevado a cabo, durante cuatro décadas, cuando la época moderna estaba viviendo sus últimos días, nos ha puesto de manifiesto lo muy singular de esa relación. Hemos trabajado por la renovación como personas empapadas de todas las cualidades modernas – individualismo, realismo agresivo, ascética ligeramente racionalista, un sentido absoluto de las verdades universales, y una gran confianza en el progreso. Y al volver a las raíces nos encontramos precisamente con que esas mismas cualidades nuestras se ponen en entredicho. Y al final la refundación nos ha llevado

a la presencia de la relación extraordinaria, que existió entre todos los fundadores de la congregaciones ignacianas.

La fidelidad creativa de los amigos en el Señor. Este es el contexto de la “fidelidad creativa” a que se refería el P. Kolvenbach en Loyola en su artículo preparatorio publicado en esta revista. Buscamos una descripción taquigráfica de esa fidelidad creativa. ¡Ojalá pudiéramos oírla de labios de Ignacio y sus primeros compañeros! Las congregaciones ignacianas desearían lo mismo.

nos estamos pidiendo a nosotros mismos que volvamos a asimilar, por Jesucristo, las relaciones extraordinarias de los primeros compañeros

Si la refundación empezaba cuando el modernismo estaba terminando, el curso de la fidelidad creativa estaba en marcha cuando los tiempos postmodernos comienzan. Y así como los miembros de las congregaciones ignacianas llevaban las marcas cualitativas del modernismo, nosotros estamos claramente afectados por las cualidades del posmodernismo – información claramente participada, adaptación flexible del carisma y de las iniciativas apostólicas, colaboración voluntaria dentro y fuera. En estos tiempos no puede darse la fidelidad creativa individual. De todas formas, en la tradición ignaciana, la fidelidad creativa necesariamente supone acción común. Porque la fuente histórica de nuestra espiritualidad ignaciana fue un grupo dinámico. Es cierto que el Maestro Ignacio era el guía, asistido por la gracia. Pero él guiaba a los amigos en el Señor hacia la creación de la compañía como grupo. Ahora el Espíritu Santo dirige nuestra búsqueda, en fidelidad creativa, hacia nuestros orígenes, a la realidad de nuestro carisma, porque somos amigos en el Señor. Los amigos gozan de la amistad. Y la amistad es una relación.

El Espíritu Santo, que ha guiado a todas las congregaciones ignacianas en la refundación, nos guía a nosotros ahora en la fidelidad creativa hacia relaciones nuevas y muy significativas. Citemos solamente tres, que se han establecido por discernimiento comunitario. La opción por los pobres, en primer lugar, no es una decisión de dedicarse a *una causa de tipo social*.

Más bien es elegir una relación con las personas pobres y marginadas. Después, en segundo lugar, el trabajo de la inculturación no es un cambio en la *misionología*. Más bien, en el país propio, es vivir cada día en un nivel contra-cultural. Y en el extranjero, es la elección, para asimilarse al país donde está nuestra misión, de la lengua de los habitantes, y de su sensibilidad religiosa. En tercer lugar, el mandato de dialogar con otras religiones no nos coloca en el movimiento interreligioso mundial. Más bien nos llama a cada uno de nosotros a una manera más abierta y libre de relacionarnos con todos aquellos que son “los otros”.

Como si quisiera asegurar que nadie interprete mal la fidelidad creativa, en el carisma ignaciano, la última congregación general definió como “característica de nuestra forma de vida” que seamos “personas *para* los demás y *con* los demás”. Otras congregaciones ignacianas habían ya dicho eso mismo. La frase suena bien, pero debería sonar como una alarma.

Nos estamos pidiendo a nosotros mismos que volvamos a asimilar, por Jesucristo, las relaciones extraordinarias de los primeros compañeros.

*U*n universo de relaciones. Imagínenlo así: Hace eones nuestro planeta y el sol se ordenaron para constituir un universo. La fuerza unida del universo era mayor con mucho que la fuerza de cualquier planeta. Y una vez que los planetas se unieron entre sí para girar alrededor del sol, la fuerza universal de ellos, superior a cualquier fuerza individual, determinó la órbita de cada uno. Esa fuerza universal dispone todavía cómo la tierra y los demás planetas se mueven.

El paralelismo con una comunidad y sus miembros puede llevarse demasiado lejos, pero es instructivo. En la fundación un grupo de amigos crearon una comunidad. O, para hacer uso de la comparación, la Compañía de Jesús comenzó como un universo de relaciones. Una vez que los amigos en el Señor se comprometieron con esa comunidad, ella modeló sus vidas. Primero se consideraron a sí mismos Compañeros de Jesús, y solamente en ese universo, como misioneros, estudiosos o predicadores. Cada uno siguió siendo libre, naturalmente, pero las elecciones que cada uno hacía libremente eran moldeadas por la amistad.

Este es un principio prácticamente universal en la vida consagrada. Recuerden cómo la Comunidad de Vida Cristiana dio forma a la vida de

Vitaliano Nañagas. Nos habla de ello en la entrevista, reseñada más adelante en estas páginas. Recuerden también cómo algunas personas de la ciudad de Castres, que sólo hicieron los Ejercicios de la vida diaria, vieron sus vidas influidas por ellos.

La Compañía de Jesús, fiel a su carisma, ha continuado a lo largo de su historia como un universo de relaciones. Recientemente, sin embargo, hemos descubierto, durante el proceso de refundación, que de alguna forma habíamos orientado mal las primeras relaciones. En el espíritu de la fidelidad creativa estamos intentando corregir esas desviaciones. Quizás uno de los descubrimientos más radicales haya sido la relación realmente extraordinaria, persona a persona, del director y el ejercitante, en los *Ejercicios Espirituales*. Ha afectado a la oración personal de muchos, naturalmente, y eso lo sabemos. Pero también ha influido calladamente en la manera cómo nos relacionamos entre nosotros, renovando, por ejemplo, la cuenta de conciencia e inclinándonos hacia el discernimiento comunitario. Confiando más y más en este discernimiento comunitario, mientras que salimos del modernismo para entrar en el posmodernismo, la Compañía Universal ha hecho varias opciones – por los pobres, por una cultura del diálogo, y por la inculturación.

*muchos hemos vivido en
una ascética anterior,
que se había inculturado
en un individualismo
moderno...*

Estas opciones han cambiado el universo de nuestras relaciones, la forma cómo estamos unidos los amigos en el Señor.

Cada uno de nosotros se ha sentido fuertemente movido por la opción por los pobres a dar nueva forma a nuestra relación basada en el voto de pobreza. Hemos tenido que orar y luchar contra algunas de nuestras arraigadas convicciones y sentimientos, en el terreno de nuestras conductas mutuas, al profundizar en el reto de la cultura del diálogo. Y hemos sentido el impacto de la inculturación de una manera extraña pero inevitable. Muchos de nosotros hemos vivido dentro de una ascética anterior, que se había inculturado en un individualismo moderno – oración mental en privado, examen diario, comunión espiritual regida por “culpas” y letanías, misas privadas y vida común. Esa ascética anterior nos dejaba libertad para cuidar de nuestra vida espiritual propia.

Pero ahora ha desaparecido la cultura que la sustentaba, y la ascética se ha reducido a una mera tela de paraguas sin base alguna. La cultura del mundo en el que ahora vivimos requiere otra clase de ascética – una ascética de relaciones.

Naturalmente que siempre ha habido una ascética de relaciones en nuestras constituciones. Nos piden, entre otras cosas, profundo respeto mutuo, ceder ante los demás, pensar que los demás son mejores que nosotros, dar aliento y esperanza a los demás, y acompañarlos *in articulo mortis*. Pero las *Constituciones* no pudieron redactarse pensando en las relaciones postmodernas, relaciones construidas por el constante intercambio de información, planificación estratégica, aplicación flexible de nuestro carisma, adaptación participada a los nuevos ministerios, etc., etc. Todo esto exige de nuestras relaciones algo que va más allá de lo que las *Constituciones* nos pueden ofrecer. Sería ilusorio esperar que las *Constituciones* nos enseñen cómo las relaciones humanas influyen en la planificación estratégica de una provincia.

Por eso volvemos al carisma de los primeros amigos en el Señor. Nos preguntamos, ¿Cómo reaccionarían ellos ante las corrientes actuales de la humanidad? ¿Qué prácticas ascéticas les ayudarían a responder a las demandas que hoy presenta la vida consagrada y comprometida? Tendremos que reflexionar sobre los sistemas de relaciones humanas para responder a la fidelidad creativa.

Una comunidad de relaciones extraordinarias. La humanidad ha aprendido mucho en las últimas décadas sobre los sistemas humanos – familia, familia ampliada, sitio de trabajo, parroquia, vecindad, y así otros. En esos sistemas se ha encarnado Cristo. Hemos comprendido cuánto les ha afectado –a todos, y para mal–, el individualismo moderno. Los consagrados han comprendido también que el individualismo ha influido al conjunto de las congregaciones y obras ignacianas. De hecho, entre los temas que nunca se han estudiado adecuadamente, durante la refundación,

*... la cultura del mundo
en el que ahora vivimos
requiere otra clase de
ascética – una ascética
de relaciones*

está la vida comunitaria. Nuestros documentos hablan naturalmente de ella, y también sobre las relaciones humanas ordinarias. Pero de ahí saltamos al discernimiento espiritual comunitario y a la planificación estratégica. La verdad es que todos pensamos a veces que vivimos juntos como las manzanas en un cesto. Lo que pide la auténtica fidelidad creativa, de nosotros que seguimos la espiritualidad ignaciana, es que más bien vivamos juntos, como las uvas de un racimo, (no es meramente una comparación, recordemos a Juan, 15). ¿Cómo podemos pasar de unas relaciones humanas ordinarias a las relaciones extraordinarias de amigos en el Señor?

Las congregaciones han ido trabajando a su ritmo sobre este tema, y también los círculos ignacianos. Por ejemplo, las nuevas normas de las Doroteas comienzan con la declaración de que las hermanas deben abrazar la soledad del corazón, y profundizar en el conocimiento propio, para alcanzar la madurez afectiva creciente en Cristo. “Así dentro de la Comunidad vivimos las relaciones fraternas en comunión profunda y libre”.

Las “Normas Complementarias” de los jesuitas, por poner otro ejemplo, citan la última congregación general. Cuando la congregación habla de la castidad, hace notar que la comparación de las *Constituciones* de la castidad del hombre a la de los ángeles no da mucha luz sobre las relaciones humanas postmodernas. Por ello la congregación añade un largo decreto sobre la castidad, que abunda en alusiones a las relaciones. “A través de las muchas formas de presencia y prestación mutuas, nos hacemos mediadores, unos a otros, de la presencia del Señor a quien nos consagramos por el voto de castidad” (CG34, d. 8, nº 21).

Revestidas de un lenguaje abstruso, quizás necesario, declaraciones como ésta nos están llamando a unas relaciones extraordinarias en la vida consagrada.

Comenzando por las relaciones humanas ordinarias. La fidelidad creativa –el proceso de preguntarse qué harían el Maestro Ignacio y sus amigos en el Señor si aún vivieran– exige hoy que las comunidades consideren seriamente nuestras relaciones humanas. Cuando hacemos esto descubrimos que la psicología, la sociología y la teología pastoral no fallan: las *relaciones humanas ordinarias* están viciadas por la limitación y el

fracaso. Cualquiera que haya vivido, en comunidad o en un grupo, más de unos años, sabe que los comprometidos no están exentos de esas limitaciones y fracasos: manteniendo su distancia de los demás, viviendo en oposición, alejándose de algunos, dependiendo demasiado o hacer que otros dependan demasiado de uno mismo, y la aberración persistente de que todos hablen con los demás de los defectos de uno, pero nadie hable con el interesado.

Estas relaciones humanas *ordinarias* –quizás por definición– son aceptables en bancos y en los negocios. Pero no deberían ser aceptables en la vida consagrada, ciertamente no según la tradición ignaciana. El don de Dios, según esta tradición, incluye la llamada a crecer, superando las relaciones humanas *ordinarias*. Vivir como amigos en el Señor es vivir esas relaciones extraordinarias. Y así parece que la ascética que tenemos que practicar en estos tiempos postmodernos incluye trabajar sobre nuestras relaciones humanas ordinarias.

La ascética que necesitamos precisamente ahora no tiene nada de espectacular. La necesidad de considerar nuestras relaciones humanas ordinarias es humillante, a veces amargamente humillante. Entre bastantes de nosotros, algunos dirían que tienen mucho que hacer en el terreno de los grandes vicios, de soberbia, codicia, lujuria, y los demás, para salvar sus almas. Pero cada uno de nosotros, según la tradición ignaciana, tiene mucho que hacer en algunos fallos de nuestras relaciones, como el negar el trato, distanciarse, y oponerse, para llegar a ser amigos de Dios por su gracia. Citamos solamente tres de esas disfunciones en las relaciones humanas ordinarias; los expertos podrían citar una lista más larga. Pero una detenida consideración de las tres citadas sugiere el porqué necesitamos una ascética que traspase las relaciones humanas ordinarias y nos acerque a las extraordinarias, propias de amigos en el Señor.

Primero. Negar el trato. Es una paradoja que algunos se relacionen con otros negándoles el trato. Un grupo rechaza a un miembro. Un miembro nunca asiste a las reuniones y oración del grupo. Uno de la comunidad rehúsa hablar con otro. Uno fuerza la salida de otro de un comité. Esa clase de rechazos han sucedido desde el tiempo de José en Egipto y parecen perpetuarse en las relaciones humanas. Pero hay rechazos específicos de la era postmoderna. Son menos aparatosos que expulsar miembros y con

frecuencia se disfrazan como virtudes apostólicas. Al disminuir las vocaciones, y aumentar las oportunidades para el trabajo pastoral, las personas comprometidas encuentran fácil abarcar más trabajo del que pueden realizar. Entonces, naturalmente, no tienen tiempo para asuntos “meramente internos”, situación común también en familias postmodernas y en los habitantes de muchos barrios. No asistimos a reuniones, trabajamos solos. Casi de forma general, no pensamos que, ignorando a otros de esta forma, creamos un problema. Pero es importante recordar que ignorando a otros no es el fin de la relación. Al contrario ignorar a otros es una relación intensa. El miembro que ignora a la comunidad no solamente añade tensión a la vida de la comunidad, sino que retarda la libertad apostólica de la comunidad como si fuera un ancla.

La tradición ignaciana comenzó con amigos que pasaban muchas tardes de los jueves en lo que ahora llamamos *compartir*. Y ahora pedimos a nuestras comunidades y equipos pastorales que oigan y recen juntos para que puedan así hacer planes juntos. La Hermanas de Notre Dame de Coesfeld están tomando parte en un proyecto de acción-reflexión sobre su carisma, que implica a todos los miembros y a todas las comunidades. Esperan planificar la formación y atraer vocaciones. La hermana que ignora o rechaza este tipo de proyecto debe examinarse ante Dios, debe examinar qué actitudes, decisiones y costumbres le han llevado a apartarse de las demás. Aunque todo esto pueda parecer humilde, es el tipo de conversión en vigor desde las relaciones ordinarias hacia las extraordinarias.

Las congregaciones de carisma ignaciano, siguiendo las directrices de la Iglesia, han adoptado oficialmente algunos principios ascéticos, en contra del rechazo. Los Oblatos de la Virgen María (cuyo trabajo apostólico son los *Ejercicios Espirituales*) luchan contra el rechazo en sus renovadas constituciones: “Sería siempre mejor trabajar en equipo” (Cap.5, art. 37). Otro ejemplo lo vemos en la Congregación General 34, que hace de la “cultura del diálogo...una nota distintiva de nuestra Compañía” (Normas Complementarias núm. 265). Adopta el cuádruple diálogo, recomendado por la Iglesia, comenzando por el diálogo de la vida, en el que las personas se esfuerzan por vivir en un espíritu de apertura y de buena vecindad, “compartiendo sus alegrías y sus penas, sus problemas y preocupaciones humanas.” A menos que la congregación estuviera simplemente hablando

sin sentido, excluye claramente la soledad del rechazo. ¿Cómo pueden los jesuitas, que se aíslan de los demás, participar de las riquezas espirituales, por ejemplo “en lo que se refiere a la oración y la contemplación, la fe y las vías de búsqueda de Dios y del Absoluto”? Quizás la congregación promovía un discurso filosófico sobre ideas abstractas. Con toda probabilidad, no.

En el mundo real *diálogo* significa una relación personal, humilde y paciente con los demás. Es una cosa tan rara en las relaciones humanas ordinarias que cuando sucede suscita un coro de alabanzas. Aquí tenemos una nueva dimensión de nuestra ascética: el sacrificio de escuchar con humildad y paciencia mientras que otros nos hablan de su fe y oración, y al mismo tiempo dejar que esa experiencia de otros ilumine nuestra propia experiencia.

Es claro hacia nos lleva todo esto dentro de la fidelidad creativa. No podemos, si obramos en conciencia, vivir ignorando a los demás, ni siquiera parcialmente. No podemos por más tiempo vivir alejados de los demás, sean ellos de otras creencias religiosas, o pertenezcan a nuestra comunidad.

Segundo. Distanciarnos. Gentes que mantienen una relación durante largo tiempo, se sentirán inclinados a incitar a los demás a que maduren y cambien. Algunos se defienden contra ese reto y contra la idea de madurar y cambiar, adoptando un distanciamiento, marcando la distancia. Esta es otra relación humana, por desgracia muy común, incluso en la vida consagrada. Piensen en el religioso amable que vive en comunidad como si viviese en un hotel (¿o una residencia de tercera edad?). Llegan y se quedan allí, más como resultado de una disposición administrativa que por una propia elección de la vida en comunidad. Se cuenta que en una provincia el provincial vivía públicamente tan distanciado que los miembros de la provincia comentaban, cuando algo malo sucedía, que eso no hubiera sucedido si el provincial aún estuviese vivo. Las personas lealmente consagradas reconocen que el distanciamiento es algo disfuncional. Y en muchas culturas se considera una desgracia, en la vida comunitaria, rechazar a los nuevos miembros en lugar de prestarles acogida.

La *relación humana ordinaria* del distanciamiento florece en el silencio, roto por breves conversaciones. Personas consagradas reconocen haber vivido juntos largos períodos de tiempo sin tener conversaciones serias – exceptuando los temas de fútbol y de política. Estos temas son aceptables menos cuando son exclusivos. Algunas veces la comunidad tiene una reunión. Con demasiada frecuencia sentimos que esas reuniones son inútiles y pesadas. Entonces acudimos a la ciencia gerencial para mejorar “la gestión”. Pero el problema no es la gestión. El problema básico es el vivir distanciados unos de otros. Los que viven distanciados no pueden de repente mostrar una confianza mutua que abra camino para participar de una esperanza espiritual o de unos deseos apostólicos. Los

*una ascética que
traspase las relaciones
humanas ordinarias y
nos acerque a las
extraordinarias, propias
de amigos en el Señor*

que mantienen la distancia con los demás, no suelen decir de repente: “He sentido en mi oración matutina cuán intensamente Jesús deseaba estar con los pobres”. Y, sin embargo, ese es el tipo de comunicación participativa que nos está pidiendo a gritos la fidelidad creativa.

Es cierto que guardar las distancias con los demás puede ser una vocación o gracia especial en la vida ascética. No podemos hacer partícipes de nuestras experiencias a todos. Nosotros medimos prudentemente hasta dónde pueden llegar nuestras confidencias a nuestros compañeros sobre nuestras experiencias de Dios. Naturalmente con algunos seremos más íntimos, con otros menos. Pero las relaciones extraordinarias de la vida consagrada nos piden que de alguna forma seamos abiertos y sencillos con todos. Esto excluye el distanciarse de ellos. Demanda una especie de “presencia mutua” y confianza personal de unos con otros, de lo que nos hablaba la última congregación.

En estos tiempos de individualismo y movilidad, la vía de menor resistencia para cualquier comunidad es refugiarse en una serie de distanciamientos. Los miembros pueden ser amables y dispuestos a ayudar, pero se mantienen las distancias entre nosotros. A veces lamentamos profundamente ese distanciamiento, pero eso no sucederá con frecuencia

si está suavizado superficialmente por el silencio y por mantenerse alejados unos de otros. Podemos vivir felices día tras día sin mantener contactos humanos en madurez, que nos retarían a “vivir una vida en el mundo y en el corazón de la humanidad”, como el P. Kolvenbach nos dice más adelante en estas mismas páginas. El *mundo* está lleno de gentes hambrientas y sedientas; el *corazón de la humanidad* está rompiéndose a causa de la violencia y el rechazo. Al distanciarnos unos de otros no contribuimos a aliviar esos males.

Necesitamos hoy algunas prácticas ascéticas mundanas contra el distanciamiento, porque es muy fácil caer en él. Nos avergonzaríamos al reconocer que las necesitamos. Por ejemplo, la disposición positiva para decir lo que pensamos. La facilidad para expresar en público cómo se mueve nuestro espíritu en el tema de que hablamos. Nuestra generosidad en interesarnos de verdad en lo que otro miembro de la comunidad piensa y siente sobre un punto concreto.

El miembro de la comunidad que guarda silencio durante los debates comunitarios y el discernimiento pastoral probablemente está practicando un tipo de distanciamiento. Los primeros compañeros no permitirían hoy ese silencio, porque pedían, antes de comenzar el debate, que cada uno dijera lo que pensaba. Esa misma práctica ascética la demanda la fidelidad creativa en el posmodernismo.

La práctica ascética puede resultar ardua porque las raíces del distanciamiento pueden ser profundas: el miedo a que los propios dones y limitaciones sean realmente conocidos. Desconfianza hacia aquellos que Dios nos ha dado por compañeros para amar y ser amados por ellos. Un apego tenaz del hombre a controlar su propio trabajo apostólico. La ambición de la mujer por probar a su comunidad que las mujeres pueden tener éxitos en un mundo sexista. Miedo, desconfianza, control y ambición, crecen hasta llegar al distanciamiento en la comunidad y en la vida apostólica, de tal forma que son temas propios de espiritualidad y ascética.

*la cura es una práctica
ascética propia del
mundo anónimo y móvil
del posmodernismo:
transparencia*

Un distanciamiento que realmente perturba a la comunidad y quita valor al discernimiento comunitario.

En su forma más simple, las personas consagradas se engañan a sí mismas e intentan engañar a la comunidad. Es el famoso caso del alcohólico que rehúsa el tratamiento “porque entonces la comunidad sabrá que soy alcohólico”. Su provincial irritado le explicó que toda la provincia sabía ya que era alcohólico. Pero las personas consagradas se distancian de los demás por motivos menos graves que el alcoholismo. Algunos se dedican a sus ocupaciones apostólicas sin hacer ruido, casi en secreto. No hablan en las reuniones. O quizás peor, dicen cosas ajenas por completo a sus vidas. Como el destacado ausente que dijo que la vida en comunidad era estupenda. El distanciado no está necesariamente mintiendo; si guarda las distancias discretamente no necesitan mentir. Pero lo que nos hace libres es la verdad.

La relación ordinaria del rechazo se puede curar. La cura es una práctica ascética propia del mundo anónimo y móvil del posmodernismo: transparencia. Es necesaria en las corporaciones internacionales y en los gobiernos, según dicen las autoridades, meramente para la honradez pública. Es necesaria en las comunidades por una razón más profunda: así ama Dios. En Dios amor es obrar, y siempre significa participación mutua. Si queremos amar como Dios ama, es difícil comprender que no queramos comunicar nuestras experiencias, las luces que recibimos en la oración y los impulsos que nos comunica el Espíritu de Dios. Esta es la relación extraordinaria de la transparencia. No puede coexistir con el distanciamiento.

Tercero, la relación estrecha del “conflicto”. Las personas consagradas, especialmente, se inclinarían a pensar que el conflicto no es una relación. La realidad es que sólo se puede producir entre personas que están relacionadas. Para que haya guerra se necesitan dos partes. Algunos de las congregaciones ignacianas quizás recuerden que, durante las primeras décadas de la refundación, personas buenas y comprometidas estuvieron envueltas en conflictos sonados manifestando sus temores y recriminaciones. El hábito y el cuello blanco eran temas candentes, como lo fueron la guitarra y la liturgia informal. *Lucha* no sería una expresión

demasiado fuerte para la escena de unos religiosos que tomaban decisiones arriesgadas.

Aunque los ecos de esas batallas ya se han apagado, el conflicto no ha terminado en las congregaciones ignacianas y su entorno. En la vida consagrada vivimos tiempos de creciente ansiedad, alimentada por una serie de acontecimientos: los que se marchan, el porcentaje de los que envejecen, la falta de vocaciones, *rechazos* y *distanciamientos* que abundan en la Iglesia, la clamorosa pobreza global, las luchas de facciones contra el neoliberalismo, y la recurrente injusticia y violencia. Cada uno de esos problemas nos llenan de ansiedad. Tomados todos en conjunto, en la cultura postmoderna, nos obligan a planificar incesantemente, y esta es también una fuente de ansiedad entre nosotros. Y la ansiedad provoca y radicaliza los conflictos.

Como lo han hecho otros capítulos y congregaciones, la última congregación general pide que los provinciales y superiores piensen mucho, incluso mientras atienden a las ocupaciones del cargo. Les piden que “tengan en cuenta las mayores necesidades de la Iglesia universal”, y que determinen las “prioridades globales y regionales”, mientras establecen sus “propias prioridades” [CG34, d.21 n° 28]. Por eso cuando el P. General los convocó en Loyola para pensar, más allá de los límites provinciales o regionales, en la Compañía universal, no les estaba encargando algo, les estaba pidiendo una purificación ascética de algunas de las fuentes humanas de conflicto.

Al menos en algunas de esas fuentes humanas de conflicto, la espiritualidad ignaciana encontrará lo que la primera Anotación llama “*affecciones desordenadas*”, materia de la ascética ignaciana. Las fuentes de conflicto no son meramente ideas, que nosotros sabemos que tenemos. Son también, y quizás con mayor relevancia, nuestras perspectivas culturalmente enraizadas, percepciones, hábitos y valores. Cualquier conocedor de la espiritualidad ignaciana debe tener en cuenta que nuestras pasiones y tendencias pueden ser tan desordenadas como nuestras ideas y opiniones.

*el camino de Jesús es
vivir, con la gracia de
Dios, según el modelo de
las relaciones
extraordinarias*

El desorden de nuestras pasiones y tendencias no se mantiene en la sombra. Lo mostramos de forma concreta y diferente en las muchas reuniones que pide la fidelidad creativa. Algunos pretenden escapar de la autoridad del grupo intentando controlarlo. Un provincial dijo que sus hombres odiaban las reuniones porque sólo uno podía moderar la reunión, y todos ellos querían controlar todo. Sus reuniones provinciales rara vez eran sosegadas. Otros intentan inconscientemente dominar el grupo al expresar sus convicciones de forma tan vehemente, que el resto de los asistentes no pueden hacer otra cosa que oponerse a ellas. Pero se trata de un debate y no de una disertación, y no es el modelo que nos dejaron los primeros Compañeros. La ascética actual es: benditos los que dicen lo que piensan, de tal forma que los demás puedan escucharlo. Y benditos aquellos que reciben bien lo que ellos escuchan de sus amigos en el Señor. Esta es la ascética de las relaciones extraordinarias.

Adquirir la madurez, superando los conflictos, requiere a veces una ascética ciertamente difícil. Requiere cultivar la calma espiritual y una especie de sosiego como Jesús mostró en Caná y en la casa de Zaqueo. Nos pide que consideremos las opiniones y convicciones de los demás y asimilemos lo bueno de ellas. En una época de ansiedad y presión creciente, si queremos vivir con parámetros diferentes de los del mundo, debemos fomentar la calma y sosiego de Jesús. Ciertamente según un modelo de riqueza y poder diferente al del mundo; y también ciertamente según modelo diferente al de las relaciones humanas ordinarias. El camino de Jesús, como el camino de los amigos en el Señor que le siguen, es vivir, con la gracia de Dios, según el modelo de las relaciones extraordinarias. Pero hasta que cada uno caiga en la cuenta de que la ansiedad y la presión son la causa del conflicto en las relaciones –ansiedad y presión que todos sentimos porque están en medio de nosotros, como las fuerzas del universo–, no seremos siquiera capaces de distinguir los dos modelos. Y nunca iremos más allá de las relaciones humanas ordinarias, para pasar a las extraordinarias, a las cuales estamos llamados por ser amigos en el Señor.

La ascética radical postmodernista. La ascética que se pide no es para niños, y no podrán dominarla los jóvenes. A medida que alcancemos la

madurez tenemos que aprender a concretar nuestras propias pasiones y tendencias, cómo mirarlas a distancia y verlas como cualidades, hábitos etc., en lugar de considerarlas meramente como *nuestro ser*. Esto significa que pasamos los límites de considerarlas como *nuestro ser*; para reconocer que *tenemos* nuestras pasiones y tendencias particulares. Ya no podemos excusarnos diciendo “Es que soy conservador”, o “soy un seis en el enneagrama”. El maduro, que ha hecho su proceso ascético, dirá por el contrario: “*Tengo* convicciones conservadoras”; “*tengo* la limitaciones del seis”. Esto es lo que yo tengo, y lo que ahora tengo no lo tenía antes. Lo que ahora tengo, puedo llegar a no tenerlo. Al menos así lo espero, con ayuda, de tal manera que pueda madurar hasta las relaciones extraordinarias, hacia donde Dios me llama.

El carisma ignaciano impulsa a todo amigo del Señor hacia una independencia radical. Su primer postulado es que el Espíritu Santo actúa, directa e independientemente, sobre cada persona. Al mismo tiempo, el carisma ignaciano impulsa hacia una verdadera *interdependencia*. El mismo Espíritu mueve a los que siguen la espiritualidad hacia ambos fines. Algún género de interdependencia se manifiesta entre los fundadores de todas las congregaciones ignacianas, pero el primer ejemplo es el más apropiado para la fidelidad creativa. Los diez primeros amigos en el Señor querían todos lo mismo: Jerusalén, un año de espera, Roma, ofrecerse al Papa. Esta idea inusitada no procedía de algo que hubieran comido o bebido. Procedía de una ascética radical, que cada uno siguió: dejarse influir por las ideas comunicadas, convertirlas en sus propios deseos ardientes y luego elegir libremente.

Esa misma ascética radical se esconde en la interdependencia, descrita por la Congregación General 32 como *la única senda...* “sólo a este precio nuestra solidaridad podrá poco a poco hacerse real”. “Se hace preciso, gracias a la solidaridad que nos vincula a todos y al intercambio fraternal, que todos seamos sensibles, por medio de aquellos de los nuestros implicados más de cerca, a las dificultades y a las aspiraciones de los más desposeídos” [CG32, d.4, nº 49].

El asimilar deliberadamente de otros una sensibilidad más intensa hacia algo que lleva a la cruz, sugiere una relación extraordinaria.

Traducción: P. Francisco de P. Solís, S.J., Madrid